

sencia, y á Duhesme que le atravesase por Cremona con la división de Loison.

El 6 de junio, habiendo reunido Lannes en Pavia sobre el Tesino todas las barcas disponibles, las hizo llevar al Po, y al llegar entre Belgiojoso y San Cipriano mandó comenzar el paso. Atravesó el río con un destacamento el general Watrín, que estaba bajo sus órdenes; y apenas pisó la orilla derecha tuvo que venir á las manos con las tropas que salieron de Valencia y Alejandría para acudir rápidamente á Plasencia. Corrió grave riesgo de verse arrojado al Po, pero se mantuvo firme hasta tanto que, yendo y viniendo las barcas, le proporcionaron el necesario refuerzo, y acabó quedando dueño del campo. El resto de la división de Watrín, conducido por Lannes, pasó el río en seguida y se apostó un poco más allá, amagando á la carretera de Alejandría á Plasencia.

Aquel mismo día se apoderaba Murat de Plasencia, donde se hallaban á la sazón todas las administraciones austriacas y unos cuantos centenares de hombres que le servían de custodia. Al advertir el peligro mandó el oficial austriaco artillar la cabeza del puente de Plasencia colocada en la ribera izquierda del Po, y trató de defenderse allí mientras llegasen á socorrerle los varios cuerpos que por todas partes se dirigían á la ciudad. La vanguardia de la división de Monnier, que no esperaba hallar defensa en semejante posición, fué recibida con repetidas y mortíferas descargas de metralla y no pudo atacarla de frente; tuvo que dejar la embestida para ejecutarla más en regla al siguiente día.

El día 7 el general Oreilly llegó á Plasencia con su caballería, en cumplimiento de la orden que había recibido de Mr. de Melas de trasladarse allí á escape desde Alejandría. No habían llegado aún los otros cuerpos austriacos, es decir, el que subía desde Parma por Fiorenzuola, el que descendía por Bobbio al mando del general Gottesheim y el que el general Ott traía por Tortona. El general Oreilly no podía solo con sus escuadrones defender á Plasencia; los pocos soldados que habían intentado defenderse en la cabeza del puente habían perdido una cuarta parte de su fuerza; en semejante situación el comandante austriaco tuvo que sacar su artillería y cortar el puente de Plasencia, que era de barcas, y mientras el general Boudet acudía á reparar el descalabro de la vispera, encontró la cabeza del puente abandonada y destruído éste. Pero quedaban aún parte de las barcas que habían servido para construirle; Murat se apoderó de ellas, é hizo que por un poco más abajo, en Nocetto, fueran sucesivamente transportando á la otra orilla del Po la brigada entera de Monnier. Atacó esta brigada la ciudad, y la entró después de un combate bastante encarnizado. El general Oreilly retrocedió sin pérdida de tiempo para poder defender el tren de artillería enviado de Alejandría, expuesto á caer en manos de los franceses al asomar por frente de Plasencia. Su diligencia, en efecto, hizo que aquellas piezas no cayesen en poder de Murat ni en el de Lannes. Vióse precisado á dar varias cargas de caballería contra las avanzadas de este último que atravesaron el Po en Belgiojoso, pero logró aventarlas y pudo dar contraorden al cuerpo de artillería, el cual se encerró en Tortona. Mientras el general Oreilly ciaba hacia Alejandría, atravesando con buena suerte por medio de

nuestras avanzadas, la vanguardia del general Gottesheim, procedente del Trebbia por la ruta de Bobbio, asomaba delante de Plasencia. Componía dicha vanguardia el regimiento de Klebeck, cuyo destino era ser derrotado por la división entera de Boudet, con la cual iba á encontrarse. Aquel malhadado regimiento, acometido por fuerzas superiores, perdió un número considerable de prisioneros y se replegó desordenadamente sobre el grueso del ejército de Gottesheim, al cual vino hasta ahora precediendo. El general, consternado por tan impensada derrota, subió presuroso la vertiente arriba del Apenino para buscar guarida al otro lado de los montes de Tortona y de Alejandría, lo cual le precisó á andar errante por espacio de muchos días. Finalmente, volviendo el regimiento de Toscana por el camino de Parma y de Fiorenzuola, llegó aquel mismo día á los arrabales de Plasencia; y aquel cuerpo destacado sufrió una nueva derrota, porque cayendo de improviso en medio de un ejército enemigo, fué repelido en desorden hacia la carretera de Parma. De modo que de los cuatro cuerpos que marchaban sobre Plasencia, tres de ellos, si bien los menos importantes, fueron rechazados y tomaron la fuga dejando numerosos prisioneros, y el cuarto, que era el más considerable y que mandaba el general Ott, bastante atrasado aún por el gran rodeo que tenía que hacer, iba á encontrarse con Lannes delante de Belgiojoso. Desde aquel momento quedaban los franceses dueños del Po y apoderados de los dos pasos principales, el de Belgiojoso cerca de Pavia y el de la misma ciudad de Plasencia. Ocuparon en breve un tercer paso, porque al día siguiente el general Duhesme á la cabeza de la división de Loison tomó á Cremona, mal defendida por un destacamento que dejó en ella al retirarse el general Wukassowich. Recogió en ella considerable botín é hizo dos mil prisioneros.

El general Bonaparte dirigía desde Milán todas aquellas operaciones. Había enviado á la ribera del Po á Berthier, y día por día y aun hora por hora iba trazando por medio de una correspondencia no interrumpida todos los movimientos que había de ejecutar.

Aun cuando por apoderarse del Po, desde Pavia hasta Plasencia, fuese dueño de la línea de retirada que había de seguir probablemente Mr. de Melas, faltaba aún mucho que hacer, porque lo que constituía el camino de Plasencia, verdadera línea de retirada para los austriacos, era cabalmente la presencia de los franceses detrás del Tesino y alrededor de Milán. En efecto, los franceses, en semejante posición, cerraban el paso que los austriacos hubieran podido abrirse atravesando el Po entre Turín y Valencia; pero si ahora para buscar un encuentro con Mr. de Melas pasaban los franceses el Po por entre Pavia y Plasencia y abandonaban á Milán, debilitaban la posición del Tesino, podían despertar nuevamente en Mr. de Melas el deseo de pasar, ya fuese por Turín, por Casal ó por Valencia, atravesar nuestras espaldas desamparadas y la misma ciudad de Milán, y hacer con nosotros poco más ó menos lo que habíamos hecho con ellos cayendo desde los Alpes.

Tampoco era imposible que Mr. de Melas, decidiéndose á sacrificar una parte de sus bagajes y de su artillería de grueso calibre, que por otra parte podía dejar en las plazas del Piamonte, cejase hacia Génova, y subiéndolo por Tortona y Novi hasta la Bocchetta y cayen-

do desde allí por el valle del Trebbia, asomase sobre el Po por encima de Plasencia en las cercanías de Cremona ó de Parma, y consiguiese apoderarse por este medio indirecto de Mantua y de los Estados austriacos. Esta marcha atravesando la Liguria y las gargantas del Apenino, la misma que se acababa de prescribir al general Gottesheim, era lo menos probable, porque ofrecía grandes dificultades y exigía que se sacrificase una parte del material de guerra; pero en rigor era posible, y era menester preverla como todas las demás maniobras. Con objeto de ocurrir á tan diversas probabilidades desplegó el general Bonaparte toda su diligencia, y tal vez no nos presenta la historia disposiciones más ingeniosas ni más profundamente combinadas que las que él imaginó en aquella ocasión decisiva.

Había que resolver el triple problema de cerrar con una barrera de hierro el camino principal, que era el que conduce directamente de Alejandría á Plasencia; ocupar, para poder acudir á él en caso necesario, el que por el Po superior cae sobre el Tesino, y, finalmente, tomar medidas para poder bajar á tiempo el Po inferior cuando los austriacos, tratando de evadirse por el reueto del Apenino, intentaran pasar el río por debajo de Plasencia hacia Cremona ó Parma. El general Bonaparte, que meditaba sin cesar sobre el mapa de Italia para encontrar una posición que llenase estas tres condiciones, hizo una elección digna de ser eternamente admirada.

Si se examina el movimiento ó dirección de la cordillera del Apenino, se verá que después del rodeo que forma para abrazar el golfo de Génova, se inclina hacia el Norte proyectando en su vuelta una especie de estribones que ciñen el Po de muy cerca desde la posición de la Stradella hasta las cercanías de Plasencia. En toda esta parte del Piamonte y del ducado de Parma, la falda de las montañas se adelanta hasta el río en términos de no dejar apenas trecho para la carretera de Plasencia; por lo cual un ejército que se halle colocado delante de la Stradella, á la entrada de una especie de desfiladero de muchas leguas de longitud con el ala izquierda en las alturas, el centro en la carretera y la derecha á lo largo del Po y de los terrenos pantanosos que le ciñen ambas orillas, puede considerarse en posición inexpugnable. Si á esto se añade que el camino estaba sembrado de pueblecillos y caseríos construídos de sólida mampostería y muy capaces por consiguiente de resistir á los tiros de cañón, fácil será conocer que la posición presentaba contra el ejército imperial, cuya caballería y artillería eran numerosas, la facilidad de inutilizar las maniobras de estas dos armas, independientemente de las ventajas naturales debidas al terreno.

Presentaba además otras ventajas especiales. Los afluentes de la otra orilla del Po cuya ocupación es de mayor importancia, como el Tesino y el Adda, desembocan cabalmente muy cerca de dicha posición; el Tesino se junta con el Po un poco más abajo de Pavía y más arriba de Belgiojoso, casi por frente de Stradella, á unas dos leguas de distancia todo lo más; el Adda, que continúa su curso hasta más adelante, antes de reunirse con el Po pasa por entre Plasencia y Cremona. Compréndese fácilmente que ocupando la Stradella, y dueño de los puentes de Belgiojoso, de Plasencia y de Cremona, tenía á su disposición el general Bonaparte

los puntos más decisivos, con los cuales cortaba el camino principal de Alejandría á Plasencia, y podía al mismo tiempo acudir al Tesino á marchas forzadas, ó volver á bajar el Po hasta Cremona y volar hacia el Adda, que protegía sus espaldas contra el cuerpo de Wukassowich.

Distribuyó sus fuerzas en aquella especie de red formada por el Apenino, el Po, el Tesino y el Adda, y resolvió desde luego dirigirse sobre la misma Stradella con los treinta mil soldados escogidos de su ejército, confiando á Murat, Víctor y Lannes, en la posición que dejamos descrita, las divisiones de Watrín, Chambarlhac, Gardanne, Boudet y Monnier, con el ala izquierda en las montañas, el centro en la carretera y la derecha á lo largo del Po. Encaminó después hacia Vercelli con orden de ciar sobre el Tesino, caso de aproximarse el enemigo, á la división de Chabrán procedente del pequeño San Bernardo, que en un principio tuvo encargo de ocupar Ivrea. La división de Lapoye, que bajó del San Gotardo, acampó sobre el mismo Tesino en los alrededores de Pavía. Eran entre todos unos nueve ó diez mil hombres destinados á replegarse unos sobre otros, á disputar á todo trance el paso del Tesino y á dar tiempo al general Bonaparte de acudir en su socorro en una sola jornada. El destacamento del Simplón, mandado por el general Bethencourt, custodiaba hacia Arona el camino del San Gotardo, donde debía guarecerse el ejército francés en caso de derrota.

La división de Gilly debía custodiar á Milán, lo cual hacía necesaria la presencia de una guarnición austriaca en su castillo. Resultaban otros tres ó cuatro mil hombres consagrados á este doble efecto. Por último, la división de Lorges, procedente de Alemania, recibió orden de establecerse en Lodi sobre el Adda, y la de Loisón, que formaba parte del ejército de reserva, de defender á Plasencia y á Cremona bajo el mando del general Duhesme; lo cual formaba otra fuerza de diez ú once mil hombres, invertida en estos dos últimos puntos.

Tal era la distribución que dió el general Bonaparte á los cincuenta y tantos mil soldados de que podía disponer á la sazón; treinta y dos mil estaban situados en el punto céntrico de la Stradella, unos nueve ó diez mil sobre el Tesino, tres ó cuatro mil en Milán y Arona, y por último diez ú once mil sobre la corriente inferior del Po y del Adda, todos colocados de modo que pudieran sostenerse recíprocamente con toda prontitud. En efecto, al menor aviso que le llegara del Tesino, podía el general Bonaparte volar en una jornada al socorro de los diez mil franceses que le custodiaban; al menor aviso del Po inferior podía en el mismo espacio de tiempo descender sobre Plasencia y Cremona, mientras el general Loisón, defendiendo el paso del río, le diese tiempo para auxiliarle. Unos y otros por su parte podían replegarse sobre la Stradella y reforzar al general Bonaparte con la misma prontitud.

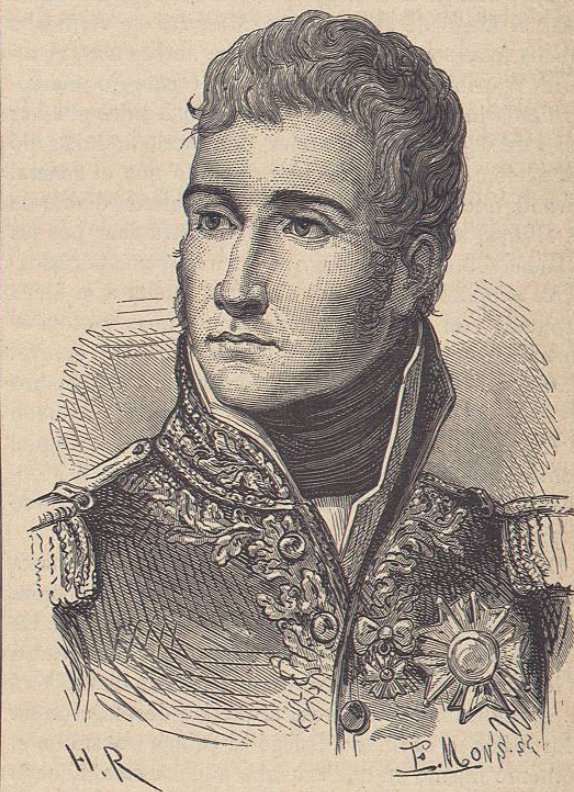
Parecía éste abandonar ahora su principio habitual de reconcentrar sus fuerzas la víspera de una gran batalla. Si semejante reconcentración es considerada en justicia como una verdadera maravilla de arte cuando se verifica oportunamente en el instante de una acción decisiva, y en el caso en que dos adversarios marchan uno contra otro, no sucede lo mismo cuando uno de

ellos sólo trata de evadirse, porque entonces el arte está en envolverle antes de obligarle á combatir. Tal era el caso ahora; era preciso en efecto que el general Bonaparte tendiese una red alrededor del ejército austriaco, y que dicha red fuese bastante fuerte para sujetarle, porque si sólo hubiera apostado sobre el Tesino y Po inferior meras avanzadas capaces todo lo más de dar aviso, pero no de obstruir el paso al enemigo, el objeto quedaba enteramente fallido. Era menester que hubiera en todos los puntos avanzadas capaces de anunciar la llegada de los austriacos y de detenerlos al mismo tiempo, conservando en el centro una masa principal pronta á acudir donde fuese menester de una manera decisiva. No era posible, pues, combinar con arte más profundo el empleo de sus fuerzas ni modificar más hábilmente la aplicación de sus propios principios que lo hizo en aquella ocasión el general Bonaparte. El saber aplicar según las circunstancias un principio verdadero, pero general, es lo que distingue á los hombres de acción superiores.

Determinado el plan, dió sus órdenes para llevarlo á cabo; Lannes con la división de Watrín se trasladó á Stradella por Pavía y Belgiojoso; convenía que las divisiones de Chambarlhac, Gardanne, Monnier y Boudet, restituidas á Plasencia, se le juntasen para reforzarle antes que tuvieran tiempo de ocasionarle daño los cuerpos austriacos que, rechazados de Plasencia, iban á reunirse con el general Ott hacia Tortona. Así lo previó con su sagacidad prodigiosa el general Bonaparte. No pudiendo salir de Milán antes del 8 para dirigirse el 9 á la Stradella, despachó á los generales Berthier, Lannes y Murat las instrucciones siguientes: «Reconcéntrense ustedes, les decía, en la Stradella. El 8 ó el 9 á más tardar tendrán ustedes encima quince ó diez y ocho mil austriacos procedentes de Génova. Salgan ustedes á su encuentro para derrotarlos; esos enemigos de menos tendremos que combatir el día de la batalla decisiva que nos espera con todo el ejército de Mr. de Melas.» Enviadas estas órdenes, partió de Milán el 8 para atravesar el Po en persona y hallarse al siguiente día en Stradella.

Imposible era adivinar con más exactitud los movimientos del enemigo. Dijimos hace poco que se habían presentado delante de Plasencia sin éxito alguno tres destacamentos austriacos; que el destacamento procedente de Toscana por Fiorenzuola había sido repelido; que el del general Gottesheim, que asomó por el valle del Trebbia con fuerza de infantería, había sido arrollado en dicho valle, y por último, que el general Oreilly, que acudió desde Alejandría con sus caballos, se había visto precisado á ciar hacia Tortona. Pero el general Ott por su parte, marchando con el cuerpo principal por el camino de Génova á Tortona, llegaba á la Stradella el 9 de junio por la mañana, según el general Bonaparte lo tenía previsto. Llevaba por delante á los generales Gottesheim y Oreilly que encontró de retirada, é intentaba un golpe de mano sobre Plasencia, sin imaginar que el ejército francés podía estar escalonado en el desfiladero de la Stradella. Juntaba unos diez y siete ó diez y ocho mil hombres con todas las tropas que acababan de reunirse; en la mañana del 9 Lannes no contaba sino con siete ú ocho mil, pero merced á los reiterados avisos del general en jefe iban á juntar-

sele durante el día otros cinco ó seis mil. El campo de batalla era el que dejamos descrito; presentábase Lannes con el ala izquierda sobre las alturas del Apenino, el centro en la calzada hacia la aldea de Casteggio y la derecha en la llanura del Po. Había cometido el yerro de separarse demasiado de la Stradella adelantándose hacia Casteggio y Montebello, por donde el camino deja de formar desfiladero entrando en la extensión de la llanura. Pero los franceses, llenos de confianza, aunque inferiores en número, eran capaces de los más grandes esfuerzos de valor, guiados por un caudillo



Lannes

como Lannes, que poseía hasta el más alto punto el arte de inflamar sus corazones.

Dirigiendo vigorosamente á la división de Watrín sobre Casteggio obligó este general á replegarse á las avanzadas de Oreilly. Su plan era apoderarse de dicha aldea, que tenía frente por frente sobre el camino, bien atacándola directamente, ó bien tomándole la vuelta por la llanura del Po de un lado y por las asperezas del Apenino del otro. La numerosa artillería de los austriacos apostada sobre el camino barría el campo en todas direcciones; intentaron dos batallones de la 6.^a ligera apoderarse de ella tomándola por la derecha, mientras el tercer batallón de la misma 6.^a y la legión 40.^a toda entera procuraban ganar las alturas vecinas de la izquierda, y el resto de la división de Watrín se adelantaba hacia Casteggio, ocupado por el centro del enemigo. Trabóse en todos puntos un encarnizado combate; los franceses iban ya á enseñorearse de las posiciones atacadas; pero acudió con su infantería el general Gottesheim en refuerzo de Oreilly, y arrolló á los batallones que habían trepado á las alturas. Sostuvo Lannes la lid é impidió que sus soldados cediesen al número de los enemigos, que hacían llover sobre ellos

un espantoso fuego; pero estuvieron un punto próximos á sucumbir, cuando asomó oportunamente la división de Chambarlhac que formaba parte del cuerpo del general Víctor. El general Rivaud subió de nuevo á las alturas al frente de la legión 43.^a, juntó los batallones franceses que acababan de ser allí desalojados y consiguió sostenerse después de inauditos esfuerzos. Al mismo tiempo en la parte del centro, es decir, por el lado de la carretera, la legión 96.^a acorría en ayuda del general Watrín que asaltaba la aldea de Casteggio, y la 24.^a, extendiéndose por la derecha en la llanura, intentaba sorprender al enemigo por la izquierda para hacer cesar el fuego de su artillería. Mientras se verificaba aquella maniobra combinada contra ambas alas, el valiente Watrín tuvo que sostener en Casteggio una encarnizada lucha, perdiendo y tomando la aldea muchas veces de seguida; pero Lannes, que á todo atendía, dió á la acción el impulso decisivo: mandó que el general Rivaud, que había quedado por la izquierda dueño de las alturas, atravesando por ellas fuese á caer por las espaldas sobre Casteggio, y que las tropas que por la derecha ocupaban la llanura diesen la vuelta á la aldea disputada con tanto encarnizamiento; unas y otras se encaminaron hacia Montebello, mientras el general Watrín, que tentaba su último esfuerzo sobre el centro del enemigo, conseguía arrollarle y pasaba al otro lado de Casteggio. Los austriacos, que se vieron en aquel momento rechazados por todas partes, huyeron á Montebello, dejando en nuestro poder considerable número de prisioneros.

Duró la acción desde las once de la mañana hasta las ocho de la noche. Aquellos austriacos que con tanta desesperación luchaban ahora para abrirse paso en las llanuras del Piamonte, eran los mismos que bloquearon á Génova, avezados por Massena á los más duros combates; reforzábalos numerosa artillería y desplegaron un valor más que ordinario. Llegó el primer cónsul en el momento mismo en que acababa aquella batalla, cuyo lugar y día supo prever con tan singular acierto. Encontró á Lannes cubierto de sangre, pero ebrio de alegría, y á las tropas alborozadas con su triunfo. Tenían éstas, según él mismo dijo después, el convencimiento de haber cumplido con su obligación; en efecto, los reclutas rivalizaron en esfuerzo y bizarría con los soldados veteranos; hicimos cuatro mil prisioneros, y entre muertos y heridos dejamos tres mil enemigos en el campo de batalla. Difícil nos fué en verdad conseguir la victoria, puesto que apenas opusimos doce mil combatientes á diez y ocho mil del contrario.

Tal fué la batalla de Montebello, que valió á Lannes y á su familia el título que los distingue entre las familias francesas de la época: ¡título glorioso que deben sus hijos llevar con noble orgullo!

Aquel primer encuentro era un excelente preludio que anunciaba á Mr. de Melas que no le sería fácil abrirse camino para mejorar de suerte en lo sucesivo. El general Ott se retiró con una pérdida de siete mil hombres, abatido y consternado, hacia Alejandría; el ejército francés, por el contrario, estaba poseído de una exaltación de ánimo indecible.

Apresuróse el primer cónsul á reunir sus divisiones y á ocupar de una manera imponente el camino de Alejandría á Plasencia, que según todas las probabilidades

iba á tomar Mr. de Melas. Habiéndose adelantado Lannes más de lo justo, retrocedió un tanto el primer cónsul hasta el mismo punto de la Stradella, considerando que el desfiladero, más angosto por aquella parte á causa de la proximidad de las alturas y del río, hacía la posición más segura.

El 10 y 11 de junio se pasaron en observar los movimientos de los austriacos, en reconcentrar el ejército, en hacerle descansar un tanto de sus marchas rápidas y en organizar lo mejor posible la artillería; porque es de saber que hasta entonces no se había podido reunir en dicho punto más que cuarenta piezas de campaña.

Vióse llegar el día 11 al cuartel general á Desaix, uno de los generales más distinguidos de aquella época, igual quizá á Moreau, Massena, Kléber y Lannes en talentos militares, pero superior á todos ellos sin disputa por las raras perfecciones de su carácter. Volvía de Egipto, donde acababa de cometer Kléber los errores políticos, á la verdad reparados después con gloria, que tendremos el disgusto de referir en breve, y que Desaix intentó en vano prevenir, resolviéndose, cuando vió que no podía conseguirlo, á huir de su triste espectáculo, regresando á Europa. Desaix, detenido cerca de las costas de Francia, se vió tratado por los ingleses de una manera odiosa. Llegaba indignado, y solicitaba tan sólo vengarse de ellos con las armas en la mano; profesaba al primer cónsul una especie de pasión, y éste, movido del afecto de aquel corazón noble, le tributaba la amistad más sincera y cordial que tuvo jamás en su vida. Pasaron juntos una noche entera contándose mutuamente los acontecimientos ocurridos en Egipto y en Francia, y el primer cónsul le confirió al punto el mando de las divisiones reunidas de Monnier y de Boudet.

Al día siguiente, 12 de junio, sorprendido el general Bonaparte de no ver presentarse á los austriacos, no pudo menos de concebir nuevos temores. Asombrado de que en situación semejante dudase Mr. de Melas y perdiese tiempo dejando que le cerraran todas las salidas, juzgando en cierto modo por sí propio á su adversario, se persuadió de que Mr. de Melas no podía haber malgastado un tiempo tan precioso, y que por fuerza se había evadido, ya fuese subiendo hacia Génova ó ya atravesando el Po superior para forzar el Tesino. Cansado de esperar, dejó su posición de la Stradella el día 12 por la tarde y se adelantó con todo su ejército hasta la altura de Tortona. Mandó bloquear dicha plaza, y estableció su cuartel general en Voghera. El 13 por la mañana pasó el Scriveria y desembocó por la inmensa llanura que se extiende entre el Scriveria y el Bórmida, la cual sólo lleva en el día el nombre de llanura de Marengo. Su imaginación previsora le representaba muchos meses antes en aquella misma llanura una gran batalla con Mr. de Melas. Por aquel paraje, el Po, desviado del Apenino, deja dilatados espacios que el Bórmida y el Tánaro atraviesan con sus aguas de corriente amansada y lenta, juntándolas cerca de Alejandría para arrojarse unidos al cauce del Po. El camino que va por la falda del Apenino hasta Tortona se separa al llegar á esta plaza, y torciendo á la derecha atraviesa el Scriveria y desemboca en una vasta llanura. Atraviésala primero por una aldea llamada de San Giuliano, luego por otra llamada Marengo, y finalmente cruza el Bórmida, terminando en la célebre fortaleza de Alejandría.

«Si el enemigo quisiera seguir la carretera de Plasencia á Mantua, aquí me esperaría, decíase el general Bonaparte; aquí podrían maniobrar con gran ventaja su numerosa artillería y su excelente caballería, empleando todos sus medios reunidos en el combate.» Hecha esta reflexión, dispuso para asegurarse más en sus conjeturas que la caballería ligera recogiese el campo, pero no encontraron la más insignificante partida austriaca. Ya cerca del anochecer hizo que el cuerpo mandado por el general Víctor, compuesto de las divisiones de Gardanne y de Chambarlhac, se adelantase hasta Marengo. Apareció por aquel lado un destacamento, que era el de O'Reilly, el cual defendió por algunos momentos el pueblo de Marengo, le abandonó en seguida y repasó el Bórmida. Un reconocimiento mal dirigido llegó á hacer creer que el enemigo no tenía puente por donde atravesar.

Todas aquellas señales persuadieron al general Bonaparte de que Mr. de Melas se había evadido. Suponía que no hubiera abandonado la llanura, y especialmente el pueblo de Marengo, situado á su entrada, si su intención hubiera sido atravesarla para empeñar una batalla y apoderarse del camino de Alejandría á Plasencia. Engañado por una reflexión tan justa, dejó al general Víctor con sus dos divisiones en Marengo, escalonó á Lannes en la llanura con la división de Watrín, y corrió á su cuartel general de Voghera para adquirir noticias del general Moncey apostado sobre el Tesino, del general Duhesme apostado sobre el Po inferior, y averiguar de aquel modo el paradero de Mr. de Melas (1). Debían reunirse con él y en su mismo cuartel general varios oficiales de estado mayor procedentes de todos aquellos puntos, pero el Scriveria había salido de madre, y por gran fortuna le fué preciso detenerse en Torre-di-Garofolo. Las noticias del Tesino y del Po de aquel mismo día anunciaban una tranquilidad perfecta; nada había intentado Mr. de Melas por aquella parte. ¿Cuál podía ser su paradero?.. Creyó Bonaparte que hubiese subido hacia Génova por Novi con objeto de pasar el valle del Trebbia y caer sobre Cremona. Parecía efectivamente que no podía haber adoptado otro partido no hallándose en Alejandría, ni yendo la vuelta del Tesino; podía también suponerse que siguiendo el ejemplo de Würmser en Mantua iría á encerrarse en Génova, donde podría prolongar la guerra sostenido por los ingleses y con una guarnición de cincuenta mil hombres. Hirió esta idea vivamente el ánimo del primer cónsul, y mandó á Desaix encaminarse hacia Rivalta y Novi con sola la división de Boudet; por Novi efectivamente debía pasar Mr. de Melas para trasladarse desde Alejandría á Génova.

Un feliz presentimiento le hizo, sin embargo, que se diera con la división de Monnier, que era la segunda de Desaix, de reserva en el cuartel general (2), y aten-

(1) Es decir que el primer cónsul dejó á las divisiones en sus posiciones respectivas, á grandes distancias unas de otras, en vez de reconcentrar las fuerzas que tenía en la mano. Esta imprevisión, inexcusable en tan gran general, que le expuso luego á perder la memorable batalla de Marengo, no pudo hallar justificación suficiente ni en la pluma del general Berthier, que con su amistad solícita redactó la relación de aquella famosa jornada. (N. del T.)

(2) Encaminó Bonaparte la división de Monnier hacia Castelnovo, á la derecha del ejército, mientras la división de Boudet

dió á todo en lo posible, dejando en Marengo á Víctor con dos divisiones; la de Lannes ocupaba el llano y la de Murat á sus flancos con toda la caballería. No dejará ciertamente de causar extrañeza la dispersión de las tropas francesas en aquel momento, si se considera que parte de ellas se hallaban distribuidas sobre el Tesino, otra parte sobre el Po inferior y el Adda, y otra, finalmente, sobre el camino de Génova; esta diseminación era consecuencia inevitable de la situación general y de las circunstancias del momento. El día 13 de junio, vispera de una de las grandes jornadas de la historia, pernoctó el general Bonaparte en el pueblecillo de Torre-di-Garofolo, y se entregó al sueño esperando las noticias del siguiente día.

Entretanto reinaba gran confusión en Alejandría; el ejército austriaco había perdido los alientos y la esperanza: acababa de reunirse un consejo de guerra, y no se tomó ninguna de las resoluciones que más temía el general francés. Hubo dictámenes encontrados, y ocurrió el pensamiento de retirarse por el Po superior y el Tesino; ocurrió también el de encerrarse en Génova; pero los generales austriacos, á fuer de valientes, prefirieron seguir los consejos del honor. «En suma, dijeron, hacía diez y ocho meses que estábamos combatiendo como buenos soldados; habíamos reconquistado la Italia y amagábamos á las fronteras de la Francia; hacia ellas nos impelía nuestro gobierno; ayer mismo nos enviaba órdenes de marchar hacia allí; á él era á quien correspondía advertirnos del peligro que amenazaba á nuestra espalda. Si hay algún yerro cometido en nuestra situación, impúteselo á sí mismo. Todos los medios propuestos para esquivar el encuentro con el ejército francés son complicados, difíciles y azarosos; sólo nos queda un partido sencillo y honroso á la vez, que es el de abrimos paso. Mañana habremos de hacernos camino á costa de nuestra sangre; si lo conseguimos llegaremos después de una victoria á la carretera de Plasencia y de Mantua; de lo contrario, después de cumplir con nuestro deber, la responsabilidad de nuestro desastre no pesará seguramente sobre nosotros.»

No se figuraba el primer cónsul que en semejantes coyunturas pudiera malgastarse el tiempo en deliberar; pero nadie le igualaba en la celeridad de sus determinaciones, y la posición de Mr. de Melas era sobradamente triste para no perdonarle las crueles perplejidades que demoraban su resolución definitiva. Al tomar el partido de presentar batalla, condújose el general austriaco como soldado de acrisolado honor; sólo podía censurarsele de haber dejado en las plazas de Coni, Turín, Tortona, Génova, Acqui, Gavi y Alejandría una fuerza de veinte mil hombres, sobre todo después de las pérdidas que había sufrido el general Ott en Montebello. Con aquellos veinticinco mil hombres diseminados en las referidas plazas, con los tres mil de la Toscana y los doce mil de Mantua y de Venecia quedábanle á lo sumo cuarenta mil combatientes para dar la batalla en que iba á decidirse la suerte de la guerra. A eso quedó reducido aquel rozagante ejército de ciento veinte mil soldados que al comienzo de la campaña

marchaba por orden suya de Rivalta sobre Acqui. Estas maniobras en direcciones tan divergentes demuestran de un modo positivo que Bonaparte no se esperaba ni remotamente la brusca acometida que le dieron los austriacos. (N. del T.)